

Elea y el monte Athos. A la mañana siguiente del día en que las naves llegaron á Subota, quiso la casualidad que treinta y cinco naves de las llamadas hippogogas (1), que habían partido de Elea con los jinetes galos y sus caballos, se dirigiesen hacia Fanés, promontorio de la isla de Chío, desde donde debían pasar á Macedonia. Eumeno las enviaba á Atalo; y en cuanto el vigía señaló á Antenor la marcha de aquellas naves, se hizo inmediatamente á la vela desde Subota y las encontró entre Chío y el promontorio de Erythrea, en la parte más angosta del estrecho. Los jefes de Eumeno no esperaban en manera alguna encontrar una flota macedónica en aquellos parajes; creyendo al pronto que eran romanos, ó tal vez el mismo Atalo ó algunos de los suyos que enviaba del campamento romano á Pérgamo. Pero cuando ya no pudo dudarse, y la forma de las naves, más cercanas ya, el acelerado movimiento de los remos y la dirección de sus proas, vueltas hacia las hippogogas, anunciaron la presencia del enemigo, el terror se apoderó de la flota, que no podía oponer resistencia á causa de la pesadez de las naves y de la agitación de los galos, que no pueden resistir el mar, ni cuando está tranquilo. Entonces los que se encontraban más cerca del continente ganaron á nado Erythrea; algunas naves hicieron fuerza de vela hacia Chío, y abandonando los caballos y las naves huyeron precipitadamente á la ciudad. Pero habiendo el enemigo desembarcado soldados en los puntos de la costa más inmediatos á la plaza y donde era más fácil el acceso, los macedonios alcanzaron á los galos y los exterminaron, á unos en la fuga, á otros en las puertas de la ciudad, que los habitantes habían cerrado, ignorando quiénes eran aquellos fugitivos

(1) Naves destinadas especialmente al transporte de caballos.

y quiénes les perseguían. Más de ochocientos galos perecieron y doscientos quedaron prisioneros. En cuanto á los caballos, parte perecieron sumergidos con las naves, que quedaron destrozadas, y los macedonios cortaron los jarretes á los que habían ganado la playa. Antenor eligió veinte de los mejores y encargó las diez naves ligeras, que habían escoltado anteriormente el convoy macedónico, que los llevase á Tesalónica y se reuniesen cuanto antes con la flota, esperándolas él en Fanés. La flota permaneció tres días delante de la ciudad partiendo en seguida para Fanés, y habiendo regresado las diez naves antes de lo que esperaban, Antenor llegó á Delos, atravesando el mar Egeo.

Mientras ocurrían estas cosas, los legados romanos C. Popilio, C. Decimio y C. Hostilio se hicieron á la vela y llegaron de Calcis á Delos con tres quinquerremes; allí encontraron las cuarenta naves ligeras de los macedonios y cinco quinquerremes del rey Eumeno. La santidad del templo y de la isla la convertían en asilo inviolable para todos; por cuya razón romanos, macedonios y soldados de la flota del rey Eumeno circulaban juntos protegidos por la tregua que imponía aquel sagrado lugar. Cuando señalaban en el mar naves de transporte, el prefecto de Perseo, Antenor, las perseguía con parte de su flota, mientras que la otra cruzaba en aguas de las Cycladas y echaba á pique ó saqueaba todas las naves, exceptuando las que se dirigían á Macedonia. Popilio y las naves de Eumeno socorrían como podían á las perseguidas; pero los macedonios partían furtivamente de noche con dos ó tres naves ligeras y burlaban su vigilancia. Por esta época llegaron á Rodas las legaciones de los ilirios y macedonios. Todo concurría á dar peso á su misión; las correrías de las naves ligeras por el mar Egeo y en derredor de las Cycladas; la alianza de los reyes Perseo y Gencio y la

noticia de la marcha de considerable número de jinetes y peones galos. Alentados por las circunstancias, Dionón y Policrato, que estaban interesados por Perseo, consiguieron, no solamente que se contestase á los legados en forma benévola, sino también que se declarase públicamente «que la poderosa mediación de los rodios iba á poner fin á la guerra, y que por lo tanto los dos reyes debían mostrar la moderación propia para apresurar la conclusión de la paz.»

Ya comenzaba la primavera y los nuevos jefes habían llegado á sus provincias, el cónsul Emilio á Macedonia, Octavio á Orea, donde se encontraba la flota, y Anicio á Iliria, donde debía hacer la guerra á Gencio. Hijo este rey de Euridica y de Pleurato, rey de Iliria, tuvo dos hermanos, Plator, hijo del mismo enlace, y Caravancio, que solamente era hermano uterino. Menos celoso de éste, á causa del obscuro origen de su padre, queriendo Gencio asegurarse la tranquila posesión del trono, hizo perecer á Plator con dos varones esforzados que eran amigos suyos, Etrito y Epicado. Corrió el rumor de que la causa de sus celos había sido el proyecto de matrimonio de su hermano con Etuta, hija de Honuno, príncipe de los dardanios, y la intención que le había su puesto de proporcionarse por aquel enlace el apoyo de un pueblo valeroso. El matrimonio de Gencio con aquella princesa, después de la muerte de Plator, dió á aquellas sospechas mayor verosimilitud. Libre del temor de su hermano, Gencio se convirtió en tirano de sus súbditos y el uso inmoderado del vino inflamó su natural crueldad. Tal era su posición cuando comprometido, como antes se dijo, á tomar parte en la guerra contra los romanos, reunió en Lisso todas sus fuerzas, que ascendían á quince mil hombres. Desde allí mandó marchar á su hermano con mil infantes y cincuenta caballos, para conseguir por miedo ó por fuerza la sumisión

de los cavienos, y él mismo se dirigió á Bassania, ciudad aliada de Roma, á quince millas de Lisso. Los habitantes, cuyas intenciones sondeó por medio de emisarios, prefirieron sostener un sitio á rendirse. Pero la ciudad de Durnio, perteneciente á los cavienos, se apresuró á abrir sus puertas á Caravancio. Habiéndole cerrado las suyas Caravento, taló su territorio, y sus soldados se diseminaron sin precaución por la comarca. Entonces se reunieron los campesinos y mataron algunos. Appio Claudio, habiendo aumentado las fuerzas que mandaba con cuerpos auxiliares de Bulinia, de Apolonia y de Dirraquio, había salido de los cuarteles de invierno y establecido su campamento cerca del río Genuso. Enterado de la alianza que Gencio había ajustado con Perseo, é irritado por la violación del derecho de gentes que había realizado en las personas de los legados romanos, preparábase abiertamente para hacerle la guerra. Habiendo sabido en Apolonia el pretor Anicio lo que ocurría en Iliria, mandó á Appio que le esperase en las orillas del río Genuso, llegando al campamento tres días después. Reuniendo allí á las tropas que tenía los auxiliares de los parthemios, en número de dos mil infantes y doscientos caballos (Epicado mandaba los primeros y Algalso los segundos), se preparaba á marchar sobre la Iliria, especialmente para hacer levantar el sitio de Bassania, cuando suspendió su expedición la noticia de los estragos cometidos en la costa por las naves ligeras del enemigo. Gencio, por consejo de Pantanco, había enviado aquellas naves, en número de ochenta, para talar el territorio de Dirraquio y Apolonia. La flota romana se encontraba entonces fondeada en la costa, cerca de Apolonia. Anicio marchó allá en seguida; alcanzó á los piratas ilirios, trabó combate con ellos, los deshizo sin trabajo, se apoderó de algunas naves suyas y obligó á las otras á regresar á Iliria.

En seguida marchó al campamento del Genuso, dirigiéndose apresuradamente en socorro de Bassania. Asustado Gencio á la noticia de la llegada del pretor, levantó el sitio y huyó hacia Scodra con tal precipitación que dejó atrás una parte de su ejército. Por esta razón considerable número de soldados que hubiesen podido detener á los romanos, viéndose abandonados, se rindieron sin combate.

Siguiendo su ejemplo, todas las ciudades de la comarca abrazaron el partido de los romanos, hacia los que ya se inclinaban. La justicia del pretor y su clemencia con todos contribuyeron mucho á aquel resultado. En seguida marchó sobre Scodra, siendo la toma de aquella ciudad el punto importante de la guerra; Gencio se había encerrado en ella, porque la consideraba como el baluarte de su reino, siendo sin duda alguna la plaza más fuerte del país de los labeatos por la dificultad de su acceso, rodeándola dos ríos, el Claussala al Oriente y al Occidente el Barbanna, que nace en el lago Labeato. Estos dos ríos son tributarios del Oriundo, que brota en el monte Scordo, y va á desembocar en el Adriático, después de recibir las aguas de otros muchos afluentes. El monte Scordo, el más elevado de la comarca, domina al Oriente la Dardania, al Mediodía la Macedonia y á Poniente la Iliria. A pesar de los obstáculos que ofrecían el emplazamiento de la ciudad y la reunión de todas las fuerzas de los ilirios mandadas por el rey en persona, el pretor romano, animado por sus propios éxitos, acarició la esperanza de que el resto de la campaña correspondería á su principio y que podría aprovechar el repentino terror del enemigo, por lo que avanzó hasta el pie de las murallas con su ejército formado en batalla. Hubiese bastado á los sitiados cerrar las puertas y guarnecer con tropas las murallas de la ciudad y las torres que defendían la entrada, para ha-

cer fracasar la tentativa de los romanos; pero salieron, se presentaron en campo raso y trabaron combate con ardor que no sostuvieron mucho tiempo. Rechazados por los romanos, huyeron en desorden, pereciendo más de doscientos fugitivos en las puertas mismas de la ciudad, en la que produjo tal espanto su desastre, que Gencio envió en seguida á Téntico y Belo, los dos personajes más importantes de la nación, para que pidiesen al pretor una tregua que le permitiese deliberar acerca del partido que convenía seguir. El pretor le concedió tres días, durante los cuales el ejército permaneció acampado á unos trescientos pasos de la ciudad. Entretanto se embarcó Gencio, remontó el Barbanna y llegó al lago Labiatis, como buscando paraje aislado donde pudiese entregarse á sus reflexiones; pero en realidad, como después se vió, alentaba la falsa esperanza de ver llegar á su hermano Caravancio con muchos miles de soldados auxiliares de la comarca adonde le había enviado. Defraudado en esta esperanza, se embarcó tres días después, para regresar á Scodra, enviando delante mensajeros encargados de pedir al pretor permiso para ir á verle, y habiéndolo obtenido se presentó en el campamento. Allí comenzó por reconocer públicamente su locura; en seguida recurrió á los ruegos y lágrimas, y cayendo á los pies del pretor, se entregó á discreción. Anicio le tranquilizó y hasta le invitó á comer. Gencio volvió á entrar en la ciudad con los suyos, y comió aquel día con el pretor, que le colmó de atenciones; pero en seguida le puso bajo la custodia de C. Cassio, tribuno de los soldados. Por precio de aquella defección que en tan grande infortunio le sumía, el desgraciado rey apenas había recibido diez talentos, el salario que se da á un gladiador.

Tomada Scodra, Anicio reclamó ante todo Petilio y Perpenna, á quienes restableció en seguida en todos los

hombres debidos á su rango; enviando en seguida á Perpenna para que tranquilizase á los amigos y parientes del rey. Este marchó á Medeón, ciudad del país de los labeatos, y trajo al campamento del pretor, en Scodra, á Etleva, esposa de Gencio, con sus dos hijos Scerdiledes y Pleurato, y también á su hermano Caravancio. Habiendo terminado de este modo Anicio la guerra de Iliria en treinta días, encargó á Perpenna que llevase á Roma la noticia de su victoria é hizo partir también á los pocos días al rey Gencio con su madre, su esposa, sus hijos, su hermano y los ilirios principales. Esta fué la única guerra cuyo término se supo en Roma antes de tener noticia de su principio. Mientras ocurrían estas cosas, Perseo se encontraba muy alarmado, porque le habían anunciado que el nuevo cónsul Emilio venía muy amenazador. La proximidad del pretor Octavio, cuya flota amagaba á las costas, le inspiraba también mucho temor. Eumeno y Athenágoras defendían Tesalónica con débil guarnición de dos mil cebratos. Perseo envió además á Androcles con orden de acampar en la misma entrada del puerto. Encargóse al mismo tiempo á Antígono que marchase á Emia con mil infantes para proteger la costa y llevar socorros á los habitantes del campo, en cualquier punto donde intentase abordar el enemigo: cinco mil macedonios marcharon á reforzar la guarnición de Pythio y de Petra, á las órdenes de Hístico, Theogeno y Medón. Después de la marcha de estas tropas, Perseo comenzó á fortificar las orillas del Enipeo, porque el río era vadeable. Con objeto de que todos tomasen parte en aquellos trabajos, reunióse á las mujeres de las ciudades inmediatas, obligándolas á llevar víveres á los trabajadores; los soldados iban á buscar madera á los bosques. Pronto construyeron parapetos y fortificaciones apoyadas en torres y protegidos por máquinas que defendían tan perfecta-

mente la orilla, que el enemigo no podía forzar el paso sin empeñada lucha y grave peligro. Gracias á aquellas obras, Perseo se creía al abrigo de un golpe de mano, y esperaba que los romanos, cansados de una inacción que agotaba sus fuerzas, desistirían al fin de una guerra ruinosa y difícil. A medida que estas disposiciones acreditaban por parte de los macedonios atención á preverlo todo y cuidado para defenderlo, más redobló la actividad Paulo Emilio y se dedicó á buscar medio y recursos para hacer fracasar las esperanzas tan bien fundadas del enemigo. Por el momento lo que más le apuraba era la falta de agua. El río inmediato al campamento estaba casi seco, quedando solamente escaso hilo de agua corrompida corriendo por el cauce.

Enterado el cónsul por los proveedores enviados á las cercanías de que no podían encontrar agua, les mandó seguir con los odres hasta el mar, que distaba menos de trescientos pasos y que abriesen agujeros en muchos puntos y á corta distancia unos de otros. La altura de las montañas inmediatas le hacía esperar, especialmente porque no se veía brotar y correr ningún arroyo, que ocultaban manantiales, cuyas aguas, corriendo bajo tierra, se mezclaban con las del mar. En cuanto removieron la arena vieron brotar fuentes, al principio de agua turbia y escasa, pero que muy pronto fué clara y abundante. Aquel descubrimiento, en que los soldados creyeron ver el favor de los dioses, enaltecíó la idea que tenían de su general y el respeto que le profesaban. En seguida mandó á las tropas que preparasen las armas, y seguido de los tribunos y centuriones de las primeras filas, marchó á reconocer los puntos por donde los soldados podrían descender fácilmente, y aquellos que podrían escalar con menos trabajo para llegar á la orilla opuesta. Después de detenido exámen, ocupóse en tomar las medidas necesarias para que todas las ma-

niobras se ejecutasen por el ejército con orden y precisión. Una orden general no pueden oirla todos; repitiéndola los soldados por sí mismos, hacen en medio de los discordantes gritos que brotan por todas partes que el enemigo conozca lo que va á hacerse antes que el mismo ejército. Decidió, pues, que el tribuno de los soldados diese la consigna al primipilaro de la legión y que en seguida éste y los inmediatos la transmitiesen de unos á otros á los demás centuriones, bien que fuese necesario hacer pasar la orden hasta las últimas filas, bien que hubiese de venir de éstas á las primeras. Prohibió además que los centinelas continuasen en la nueva costumbre de llevar los escudos mientras vigilaban; porque el deber del centinela no era marchar delante para combatir, sino vigilar, y cuando vea al enemigo, replegarse para llamar á sus compañeros. Antes los soldados de guardia estaban de pie, el casco en la cabeza y el escudo derecho delante de ellos. Cuando se cansaban, se adormecían apoyados en el Venablo, de manera que el brillo de las armas hacía que les viese desde lejos el enemigo, mientras que ellos no veían nada. También introdujo mejoras en los puntos avanzados. Antes todos los soldados pasaban el día sobre las armas y los jinetes tenían el caballo embridado. De esta manera, en los días de verano, bajo los abrasadores rayos del sol, los hombres y caballos quedaban extenuados por la fatiga de tan largo servicio, y frecuentemente, aunque superiores en número, las avanzadas no habían podido resistir el repentino ataque de un puñado de tropas frescas. Emilio dispuso que, en adelante los puestos serían relevados por la mañana y á medio día. De esta manera las tropas frescas del enemigo no tendrían que luchar con soldados fatigados.

Dispuestas estas cosas, convocó las tropas, y des-

pués de anunciar las reformas que ordenaba, pronunció una oración parecida á la que dirigió á la asamblea del pueblo. «Solamente el general debe prever y ordenar en el ejército las operaciones necesarias, por sí mismo ó de acuerdo con aquellos que llama á consejo. Aquellos que no son llamados, no deben emitir sus propias ideas ni públicamente ni en particular. Tres cosas debían ser objeto de la atención del soldado: entregarse á los ejercicios propios para dar á su cuerpo robustez y agilidad, tener dispuestas las armas y víveres preparados para marchar á la primera orden. Además, debían confiar en los dioses inmortales y en la prudencia de su general. La posición de un ejército quedaba comprometida, cuando los soldados deliberaban y el general se dejaba guiar por el capricho de la multitud. Por su parte cumpliría sus deberes de general, proporcionándoles ocasión para vencer al enemigo. Ellos no debían atender á otra cosa que á desplegar todo su valor cuando les diesen la señal de combate.» Después de estas severas advertencias, disolvió la asamblea y los veteranos dijeron que hasta aquel día no habían formado idea de sus deberes militares. Pero no fué solamente con palabras como atestiguaron su profunda conformidad con los consejos del general, sino que lo demostraron con los hechos. Desde aquel instante no hubo en el campamento ni un ocioso: unos aguzaban las espadas, otros limpiaban los cascos y carrilleras (1), los escudos y las corazas: otros ensayaban sus armas, y cargados con su peso, experimentaban la agilidad de sus miembros; aquellos blandían los venablos, hacían brillar las espadas y probaban la punta. En fin, era fácil comprender por su aspecto, que á la primera ocasión de venir á las

(1) Láminas flexibles que sujetaban el casco delante de la boca.

manos con el enemigo, señalarían el principio de las hostilidades con brillante victoria ó gloriosa muerte. Comprendió Perseo que había llegado el momento decisivo, cuando vió el movimiento y actividad de los romanos, á quienes parecía haber animado con nuevo ardor la llegada del cónsul y la vuelta de la primavera; cuando observó que habían levantado su campamento de Fila para establecerlo en la orilla opuesta; que el cónsul inspeccionaba los trabajos de los soldados, con evidente propósito de intentar el paso; que lo disponía todo y hacía minuciosos preparativos para atacar al enemigo y forzar su campamento, sin omitir ninguna medida de las que debe tomar un gran capitán para debilitar al enemigo ó aumentar las fuerzas de sus soldados. El rey de Macedonia procuró, pues, animar á sus soldados, y reforzó sus parapetos, temiendo siempre no haber tomado todas las precauciones necesarias y no viendo nunca la ribera bastante fortificada y defendida. Sin embargo, á pesar del ardor que animaba á los dos bandos, permanecieron algunos días en inacción y jamás se vió dos ejércitos tan numerosos y acampados á tan corta distancia uno de otro permanecer en aquella tranquilidad. Entretanto se supo la derrota de Gencio en la Iliria y la victoria de Anicio, que había hecho caer en poder de los romanos la persona del rey, su familia y todo su reino.

Este acontecimiento aumentó el ardor de los romanos é infundió terror á los macedonios y á su rey, que se esforzó al principio en mantener oculta la noticia, enviando á Pantanco, que regresaba de Iliria, orden de no acercarse al campamento. Pero éste había traído jóvenes macedonios, que habían estado en rehenes, y aquellos jóvenes lo habían referido todo á sus familias. Además, sucede ordinariamente que cuanto más se esfuerzan los reyes en mantener oculta una cosa, más pronto

propaga la noticia la indiscreción de los que le rodean. Por el mismo tiempo se presentaron en el campamento de los romanos los legados de Rodas, que iban á cumplir como mediadores de la paz, la misión que tanto indignó al Senado de Roma, siendo escuchados con mucho menos favor en un consejo formado por hombres de guerra. Así fué que propusieron arrojar á los rodios del campamento sin contestarles; pero Emilio les dijo que recibirían su respuesta pasados quince días. Entretanto, para demostrar el caso que hacía de la mediación de los rodios, celebró consejo acerca de las operaciones ulteriores de la guerra. Algunos, especialmente los más ancianos, proponían pasar el Enipeo y tomar á viva fuerza las obras del enemigo. «Los macedonios, decían, no resistirían mejor á sus columnas cerradas que resistieron el año anterior, al dejarse arrebatar tantas plazas fuertes, construídas en alturas y defendidas por numerosas guarniciones.» Hubiesen preferido otros enviar á Octavio con la flota á la Tesalónica para talar las costas y obligar al rey á dividir sus fuerzas. Pretendían éstos que Perseo, al verse amenazado por la espalda, se vería obligado, para proteger el interior de su reino, á desgarnecer algún punto del Enipeo, que proporcionaría paso entonces. Pero el cónsul consideraba imposible franquear la ribera por su situación natural y las obras del enemigo. Además del temor que le inspiraban las mortíferas máquinas preparadas por todos lados, sabía que los macedonios eran más hábiles que sus soldados para lanzar saetas y más certeros en sus golpes. Emilio meditaba un proyecto muy diferente. Después de disolver el consejo, llamó á dos mercaderes perrhebios, Ceno y Menófilo, hombres cuya fidelidad y prudencia había podido apreciar ya; les llevó aparte y les preguntó acerca de los pasos que llevaban á la Perrhebia. Contestáronle los mercaderes que los pasos no eran

impracticables, pero que los ocupaban las tropas del rey. Emilio acarició la esperanza de que, atacándoles de improviso de noche, con fuerte destacamento, podría desalojar al enemigo, pensando que «las saetas, venablos y demás armas arrojadas eran inútiles en un ataque nocturno en que la obscuridad no permite dirigir los golpes desde lejos: y por el contrario, en un combate cuerpo á cuerpo, con la espada en la mano, los romanos llevarían ventaja.» Decidido á tomar por guías á los perrhebios, llamó al pretor Octavio, le confió su proyecto y le mandó poner rumbo á Heraclea, provisto de diez días de víveres para mil hombres. Al mismo tiempo hizo partir para Heraclea á P. Escipión Nasica y Q. Fabio Máximo, hijo suyo, con cinco mil hombres escogidos, con el aparente objeto de embarcarse para talar las costas de la Macedonia interior, según la pública opinión del consejo. Enteróse secretamente á estos capitanes de que encontrarían víveres en la flota, para que no les detuviese ningún obstáculo, y los guías recibieron orden de arreglar la marcha de manera que pudiesen atacar á Pythio en la cuarta vigilia del tercer día. Por su parte, el cónsul para distraer la atención del rey sobre otro punto, al amanecer trabó combate con los puestos avanzados de los macedonios, en el cauce mismo del río. El combate aquel lo sostuvieron las tropas ligeras, porque la desigualdad del terreno no permitía tomar parte en la lucha las tropas pesadamente armadas. Las dos riberas descendían al río en cuesta de unos trescientos pasos, corriendo en medio un torrente más ó menos profundo y con anchura de una milla próximamente. La pelea se trabó en aquel punto, presenciándola por un lado el rey y por el otro el cónsul, los dos con sus fuerzas formadas en batalla delante de sus parapetos. Desde lejos, los arqueros auxiliares de Perseo tenían la ventaja, pero de cerca, los vélites y

ligurios del ejército romano, armados con escudos, resistían mejor y presentaban menos blanco. A medio día el cónsul mandó tocar retirada y terminó el combate, con pérdida considerable por ambas partes. Al amanecer el día siguiente, los dos partidos, animados por el combate de la víspera, comenzaron de nuevo la pelea con mayor encarnizamiento. Pero los romanos sufrían menos de los enemigos que tenían enfrente que de la multitud que guarnecía las torres, haciendo llover sobre ellos granizada de dardos de toda clase y muy especialmente piedras. En cuanto se acercaban algo á la ribera, los dardos que partían de las máquinas llegaban hasta las últimas filas. El cónsul perdió aquel día mucha gente y mandó tocar retirada más tarde que el día anterior. Al tercero no combatió y se retiró hacia la parte inferior de su campamento, como para intentar el paso del río por el brazo que se inclinaba al mar. Ocupado únicamente Perseo de lo que pasaba á su vista, desplegabá todo su cuidado en rechazar al enemigo de aquel punto sin atender á otra cosa. Entretanto P. Nasica se había acercado al mar con las fuerzas que llevaba á sus órdenes. Cuando llegó á Heraclea dió descanso á sus soldados, les mandó comer y esperó la noche. Entonces comunicó á los jefes principales sus verdaderas instrucciones, y en cuanto fué intensa la obscuridad, volvió hacia la montaña, y en conformidad con las órdenes del cónsul, marchó silenciosamente hacia Pythio. Cuando llegó á la cumbre, que tiene más de diez estadios de elevación, dejó descansar á sus fatigados soldados. Como dijimos antes, aquel punto lo ocupaban Milón, Histio y Theogeno, enviados por Perseo para defenderlo con cinco mil hombres. Pero tal era la negligencia de los prefectos del rey, que nadie observó la aproximación de los romanos. Si ha de creerse á Polibio, Nasica sorprendió dormidos á los macedonios y los

derrotó fácilmente: «La montaña, dice, fué ruda para escalarla, pero estaba mal defendida, y se hubiese apoderado sin trabajo del desfiladero, si un tráfuga cretense que llevaba consigo no hubiese corrido á prevenir á Perseo de lo que pasaba. El rey, sin salir de su campamento, envió á Medón al frente de dos mil macedonios y diez mil auxiliares para que ocupase el desfiladero. Con éstos sostuvo encarnizado combate en la cumbre de la montaña, ocurriendo el ser herido por un soldado tracio á quien había traspasado el pecho de un lanzazo. Vencidos los macedonios, le dejaron al fin dueños del campo de batalla, y el mismo Medón no se avergonzó de arrojar las armas para buscar salvación en la fuga.» Los romanos persiguieron á los fugitivos y bajaron al llano sin peligro ni obstáculos. En este estado de cosas no sabía Perseo qué decidir. Temiendo que le envolviese el enemigo, que acababa de abrirse camino con la toma del desfiladero, veíase obligado ó á replegarse sobre Pidna para esperar al enemigo y combatir con menos peligro bajo las murallas de una ciudad fortificada, ó distribuir sus tropas en las ciudades de Macedonia, poner en seguridad las cosechas y los animales en las plazas mejor fortificadas, y dejar al enemigo suelo estéril, campos devastados. El rey vacilaba entre estas dos decisiones. Sus amigos, por el contrario, persuadidos de que el partido más honroso era también el más seguro, le instaban para que intentase la suerte de las armas. «Además de la ventaja del número, le decían, debía contestar con el valor natural de sus soldados, á quienes inflamarian los motivos más poderosos y sagrados, los estímulos más adecuados para darles energía; es decir, la cólera, la vista de sus hogares y de sus templos, por los cuales y entre los cuales tendrían que combatir; la presencia de sus parientes y de sus esposas; en fin, la del rey, testigo de su valor y que compar-

tiría con ellos el peligro.» Estas observaciones decidieron á Perseo á combatir. Retrocedió hasta Pydna, se fortificó, formó su ejército en batalla y designó á cada jefe su puesto y sus funciones como si fuese á trabarse el combate. El paraje era de este modo: en primer lugar una llanura á propósito para el desarrollo de la falange, que necesita campo raso ó llano, pero aquella llanura no era bastante grande para que le fuese fácil avanzar. En seguida se alzaban colinas excelentes para favorecer la retirada ó las maniobras de las tropas ligeras. Dos ríos, nombrados por los naturales del país Eson y Leuco, aunque sus aguas estaban entonces muy bajas, podían, sin embargo, oponer algunos obstáculos á los romanos. Emilio, después de reunirse con Nasica, marchaba directamente al enemigo; pero á presencia de un ejército tan imponente por el número y el vigor de sus soldados como por su buen orden y aspecto guerrero, se detuvo con asombro y se entregó á profundas reflexiones.

Había pasado ya el solsticio de verano, era cerca de medio día y las tropas habían marchado bajo los rayos del sol y entre nubes de polvo. Dejábanse sentir el cansancio y la sed, y como se encontraban en medio del día, necesariamente habían de aumentar. Emilio decidió no arriesgar sus soldados fatigados contra tropas frescas y que nada habían perdido de sus fuerzas. Pero los dos bandos se encontraban animados de tan vivo ardor, que necesitó el cónsul tanta habilidad para engañar á sus tropas como á las enemigas. Como no estaban todavía formadas las filas, excitó á los tribunos para que ordenasen á los soldados en batalla, recorrió las filas y enardeció á todos con sus palabras. Al principio pidieron los romanos la señal con alegres gritos; pero muy pronto, á medida que aumentaba el calor, decayó su animación y sus gritos no fueron tan inten-

sos, inclinándose algunos sobre los escudos ó apoyándose en los venablos. Entonces el cónsul mandó en alta voz á los centuriones de las primeras filas que trazasen la línea del campamento y ordenasen apearse el bagaje. Ejecutóse la orden, y los soldados manifestaron abiertamente su satisfacción por no haberles obligado el cónsul á combatir, fatigados como se encontraban por la penosa marcha y por aquel intenso calor. Emilio tenía en derredor suyo sus legados y los jefes de sus tropas auxiliares, entre ellos Atalo. Todos estaban persuadidos de que el cónsul quería combatir y lo habían aprobado; pero no había revelado su propósito á nadie, ni siquiera el de aplazamiento. Impresionados por aquel repentino cambio, todos guardaban silencio: solamente Nasica se atrevió á decir al cónsul «que no debía dejar escapar á un enemigo que tantas veces había burlado la experiencia de los generales que le precedieron con su habilidad para evitar el combate. Era de temer, dijo, que si le dejaban decampar durante la noche, costase mucho trabajo y se corriese mucho peligro persiguiéndole hasta el interior de Macedonia. El ejército romano se vería obligado, como bajo los generales anteriores, á vagar errante por los desfiladeros y gargantas impracticables de las montañas. Por su parte excitaba encarecidamente al cónsul para que atacase al enemigo, puesto que le tenía en frente, en campo llano, y á no perder ocasión tan propicia para vencerlo.» No ofendieron al cónsul las francas observaciones de aquel ilustre joven. «Y yo también, Nasica, contestó, he pensado otras veces como tú piensas ahora; día llegará en que pienses como yo pienso hoy. Larga experiencia de la guerra me ha enseñado cuándo se debe combatir y cuándo debe evitarse. No es delante del enemigo donde puedo decirte los motivos por los que conviene hoy aplazar el combate. En otra circunstancia te los manifestaré; que

en este instante te baste la autoridad de un antiguo general.» El joven guardó silencio, persuadido de que al general le detenían obstáculos que escapaban á su penetración.

Cuando estuvo trazado el campamento y apeado el bagaje, Paulo mandó entrar las tropas comenzando por las últimas: primero los triarios, después realizaron la retirada los principes, mientras los hastatos permanecían en primera línea para vigilar los movimientos del enemigo: al fin llegó la vez á los hastatos, cuyos manípulos se replegaron sucesivamente, partiendo por la derecha. De esta manera desfiló ordenadamente, la infantería, mientras la caballería y las tropas ligeras daban frente al enemigo, no siendo llamados de sus puestos los caballeros hasta que se construyeron los parapetos que defendían el frente del campamento y se hubo abierto el Foro. Con gusto hubiese aceptado el rey la batalla aquel día; pero satisfecho con haber mostrado á los suyos que el enemigo se había retirado llevó también sus tropas al campamento. Cuando los romanos terminaron sus parapetos, C. Sulpicio Galo, tribuno militar de la segunda legión, que había sido pretor el año precedente, convocó á los soldados con autorización del cónsul, y les previno «que no considerasen como presagio el eclipse de luna que se verificaría la noche siguiente, desde la segunda hora hasta la cuarta. Este fenómeno, dijo, es periódico y se debe á causas completamente naturales, pudiéndose predecir con tanta seguridad como la salida y ocaso de la luna y el sol. Puesto que las diferentes fases de la luna, en tanto llena, en tanto menguante y reducida á su arco, no les produce sorpresa alguna, no debían considerar como prodigio que se obscureciese por completo cuando la tierra la cubre con su sombra.» El eclipse ocurrió á la hora indicada, en la noche que precedió al primer día